

**LOS VALORES
AXIOLÓGICOS DEL
YO SOCIAL Y LA
OTREDAD EN**

SIDI: UN RELATO
DE FRONTERA



Maya Suárez Patterer

En el discurso épico medieval es posible advertir las instancias que remiten a un centro deíctico, un “yo” con características sociales que interactúa necesariamente con un “tú” –con quien establece una relación de acercamiento por compartir ciertos valores –, y con un “otro” –de quien se separa por representar parámetros axiológicos opuestos–. En la novela *Sidi: un relato de frontera*, del autor español Arturo Pérez Reverte y publicada en 2019, numerosos capítulos dan cuenta de la compleja relación del yo social frente a la otredad.

El Cid y su hueste forman un conjunto homogéneo que encarna los valores “positivos” para el mundo medieval, como la valentía, el sentimiento cristiano, la honra, la medida, entre otros: “Veía en sus rostros curtidos lo que esperaba encontrar: disciplinados, serenos, con indiferencia de mesnaderos profesionales, aguardaban órdenes que podían llevarlos al cautiverio o a la muerte. Era gente que

sabía hacer su trabajo”¹

Esas valoraciones se contraponen con el “otro”, que encarna la persona individual o social necesaria en la épica para la autodefinición del “yo”. En otras palabras, el “otro” permite definir su valor mediante la oposición de sus características con las del “yo”: son personas que no practican el cristianismo, engañosas, desleales, bárbaras o cobardes.

Según Gil de Gates,² la identificación de la otreidad depende de la perspectiva desde la cual se piense el mundo. La mayor o menor complejidad del vínculo que se establece con el otro estará determinada por la percepción que de este se sustente desde el yo, que definirá la forma de su representación.

En el *Poema de Mio Cid*, como sabemos, la otreidad es encarnada por diferentes grupos sociales. Por un lado, se encuentran los moros con los que el Cid se enfrenta en batallas en muchas ocasiones. Sin embargo, son un “otro igual”, porque al ser valientes, defender sus tierras aguerridamente y mantener su palabra, comparten valores e ideales con el yo social que integran los castellanos. En otras palabras, tienen los mismos valores que el Cid

1 Cid sobre la hueste, A. Pérez-Reverte, *Sidi: un relato de frontera*, Madrid: Alfaguara 2019, p. 227.

2 Gil de Gates, María Cristina, “Palabras sin acción: el espacio del ridículo en el Poema de Mío Cid”, *Medievalia*, 16, 1996, pp. 16-20.

y los suyos, pero pertenecen al mundo de los infieles al no practicar el cristianismo. No son enemigos ocasionales ni lejanos, sino personas que se asoman por la frontera, ingresan desde el sur y lentamente, con astucia, van adquiriendo poder y dominio en todo el territorio cristiano. Colonizan territorios en los cuales imponen sus leyes, su exotismo, su religión y hasta su arquitectura. Para el cristiano ante todo está su fe, que lo insta a hacer la guerra santa contra los moros, que atentan contra la cristiandad.

Por otro lado, en el cantar se identifica a Raquel y Vidas como dos judíos que representan un otro diferente de los moros. Los hebreos son seres integrados de manera marginal en la sociedad cristiana y feudal, aunque muchas veces resultan perseguidos por la Iglesia. Por lo general, se dedican a la usura y el préstamo, dos actividades que el cristianismo rechaza. El Cid poético engaña a Raquel y Vida pero su accionar está justificado, no solo por ser el héroe, sino también porque condición de diferentes de los judíos valida el ardid.³

Para un cristiano de los siglos XII-XIII, tanto moros como judíos son auténticos adversarios; sin

3 Miranda, Lidia Raquel, "Los personajes judíos y el espacio del otro en el Poema de Mio Cid y en los Milagros de Nuestra Señora" En Miranda, Lidia Raquel (ed.). *Espejo sin héroes. Personajes marginales en la literatura medieval*, Santa Rosa: EdUNLPam, pp. 37-53.

embargo, en la novela de Pérez-Reverte se evidencian múltiples acercamientos que responden a las necesidades de cada momento narrado.

La historia en *Sidi: un relato de frontera* comienza inmediatamente después del destierro del Cid y él debe ganarse, junto con sus hombres, el sustento en la frontera. El primer trabajo por el que son contratados consiste en perseguir una incursión mora que está arrasando con aldeas cristianas desprotegidas. Durante la persecución, se encuentran con el siguiente escenario:

Caminaron juntos hasta la entrada. La granja era una construcción parecida a los otros lugares nuevos de la frontera del Duero [...]. Tres o cuatro cuervos que picoteaban los despojos revolotearon cuando Ruy Díaz y el explorador entraron en el patio, para ir a posarse algo más lejos, sobre los dos cuerpos humanos crucificados en la puerta del establo.

- Dos viejos -dijo Barbúes con calma-. Demasiado mayores para venderlos como esclavos... Inútiles para todo lo demás.

De cerca eran dos ancianos [...] antes de ponerlos allí les habían cortado las orejas y la nariz: los tajos y vísceras estaban negros de moscas.⁴

4 A. Pérez-Reverte, *ob.cit.*, pp. 26-27.

Esta acción es valorizada negativamente por el Cid y su hueste, incluso parecen horrorizados ante la brutalidad de la escena, especialmente el fraile que los acompañaba. Sin embargo, es interesante contrastar este episodio con las órdenes que da el Cid al encontrarse con una parte de la horda mora que perseguían: “Rematad al herido y cortadles la cabeza a todos”.⁵ Y unas páginas más adelante, hipotetizando sobre el botín, expresa: “Y a los moros que queden vivos podremos venderlos como esclavos”.⁶

¿El Cid no propone el mismo curso de acción que antes él y su gente juzgaron negativamente en sus enemigos? ¿El fraile no interviene para apuntar sobre lo brutal que es el plan propuesto? ¿O acaso ser moros, infieles, justifica que sean tratados de esa manera, que es horrenda cuando se aplica a los cristianos?

Luego del triunfo del Cid en el trabajo asignado, él y sus hombres parten en busca de un nuevo señor que pague por sus servicios bélicos y terminan en territorio moro, ante el rey Mutamán. Después de una primera conversación con el soberano, el héroe reflexiona: “De haber sido de más semejante condición, concluyó Ruy Díaz, tal vez Mutamán Benhud y él habrían podido ser amigos;

5 *Ibidem*, p. 71.

6 *Ibidem*, p. 83.

o con igual naturalidad, llegado el caso, matarse con tranquilo y mutuo respeto en un campo de batalla”.⁷

Una vez que aceptan trabajar en conjunto, las primeras interacciones entre moros y cristianos son tensas y demuestran el total desconocimiento de las culturas y formas de vida de unos y otros. El Cid, al llegar, está maravillado por la ciudad musulmana, sus lujos, los colores brillantes y vivos, la vegetación, las vestimentas y las comidas. El rey Mutamán en uno de los intercambios con Ruy Díaz sostiene: “A diferencia de los cristianos, los agarenos somos puros porque cuidamos la circuncisión y la ablución del cuerpo; mientras que vosotros soléis ser sucios, porquerizos y comedores de gatos”.⁸ Este es un buen ejemplo de los prejuicios y prenociones erróneas que avivan a esos grupos opuestos.

Los espacios también son utilizados para marcar diferencias. Por ejemplo, en la descripción de los campamentos siempre se encuentran dos zonas bien diferenciadas: “Y más allá, agrupados en los sectores moro y cristiano del campamento, cuatro millares de hombres dormían o velaban en espera de que se cumpliera su destino”.⁹ Incluso guerrear-

7 *Ibidem*, p. 160.

8 *Ibidem*, p. 203.

9 *Ibidem*, p. 287.

do codo a codo, la brecha sigue estando delimitada mediante el uso del espacio. A pesar de eso, con el paso del tiempo y con el éxito de las conquistas territoriales realizadas en conjunto, los muros comienzan a flaquear: “Hay algo que me asombra... Si alguien me dijera que hasta mis capitanes andalusíes estarían un día dispuestos a morir a cambio de un gesto de amistad o un simple elogio tuyos, los habría tomado por idiotas o por locos”.¹⁰

Otro fragmento que evidencia cómo las acciones son valoradas positiva o negativamente en función de quién las realiza tiene como protagonista a Diego Ordoñez. Este personaje se caracteriza por su fama de caballero brutal, ávido en pelea y, al parecer, imbatible. Luego de vencer a las tropas enemigas, Ordoñez sale de batalla sin una oreja. Pero, al encargarse de perseguir a los últimos enemigos dispersos por el campo, venga ampliamente esa pérdida: “Aún imponía más su aspecto, con la cota de malla manchada de polvo y sangre seca, el vendaje rojizo que el cubría del cuello a la sien y el rosario de orejas enemigas cortadas: una veintena ensartadas en un cordel que pendía de su cinto junto a la daga y la espada. Había vengado de sobre la suya, perdida en el campo de batalla”.¹¹

La acción realizada por Ordoñez es exacta-

10 *Ibidem*, p. 262, Mutamán sobre el Cid.

11 *Ibidem*, p. 341.

mente la misma que al inicio de la narración se había condenado como práctica del enemigo en el cuerpo de las víctimas cristianas. Ciertamente, cuando el Cid vio a los ancianos sin sus orejas, el juicio valorativo había sido negativo, pero, en el caso de Ordoñez, exalta la venganza realizada por el guerrero.

Hacia el final de la historia novelada se encuentran numerosos fragmentos que demuestran la evolución de la relación entre el rey moro y el capitán de la hueste: “Eres un jefe extraño, Ludriq. Puedes ser temible con los enemigos, implacable con los indisciplinados, fraternal con los valientes y leales... Tienes la energía y la crueldad objetivas de un gran señor. Eres duro y justo. Y lo que es más importante: puedes mirar el mundo como un cristiano o como un musulmán, según lo necesites”.¹²

Y unas líneas más adelante, afirma: “Por lo común, las leyendas se construyen sobre hombres muertos. Pero tú eres una leyenda vida, Sidi Qambitur. Contigo vencería yo a los hombres, a los diablos y a los ángeles del cielo”.¹³

Una de las últimas conversaciones entre el Cid y Mutamán es de sumo interés porque ambos reflexionan sobre su condición humana: “No somos tan diferentes, ¿verdad?”, pregunta el moro al

12 *Ibidem*, p. 354, Mutamán sobre el Cid.

13 *Ibidem*, p. 355, Mutamán sobre el Cid.

cristiano, y este responde: “No, mi señor. Creo que no lo somos”. Y Mutamán cierra la cuestión argumentando: “De religión distinta, pero hijos de la misma espada y la misma tierra”.¹⁴

Como vemos, el contraste axiológico entre el yo social castellano y la otredad que despliega la novela *Sidi: un relato de frontera* habilita una mirada a la Edad Media y a las valoraciones realizadas por los grupos humanos en este período de la historia. Al igual que en el *Poema de Mio Cid*, el rol del narrador es fundamental en el establecimiento de los espacios axiológicos, ya que durante toda la narración valora y define positivamente al héroe y su mesnada y, en cambio, sobre del resto de los personajes, en la mayoría de los escenarios, ofrece una consideración negativa o despectiva. No obstante, los planos presentados en la historia no son absolutamente antagónicos, tal como demuestra la última cita anotada, lo cual significa no solo una superación de la visión biplánica de la épica medieval, sino la apertura a una deconstrucción de las polarizaciones identitarias, propia de las perspectivas sociales actuales, en cuyo marco es posible ubicar a esta novela neomedievalista y entender las connotaciones que le asigna a la particular zona de la frontera y que el lector debe descubrir.

14 *Ibidem*, p. 350.

BIBLIOGRAFÍA

Gil de Gates, María Cristina, “Palabras sin acción: el espacio del ridículo en el Poema de Mío Cid”, *Medievalia*. 16, 1996, pp. 16-26.

Miranda, Lidia Raquel, “Los personajes judíos y el espacio del otro en el Poema de Mio Cid y en los Milagros de Nuestra Señora” En Miranda, Lidia Raquel (ed.), *Espejo sin héroes. Personajes marginales en la literatura medieval*, Santa Rosa: EdUNLPam, 2020, pp. 37-53.

Pérez-Reverte, Arturo, *Sidi: un relato de frontera*, Madrid: Alfaguara, 2019.